La huella del pulgar de San Pedro
Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Ahora, tía Jane, te toca a ti -dijo Raymond West.

-Sí, tía Jane, esperarnos algo verdaderamente sabroso -exclamó en tono festivo Joyce Lempriére.

-Vamos, vamos, no os burléis de mí, queridos -replicó miss Marple plácidamente- Creéis que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo probablemente no he tenido ninguna experiencia interesante.

-Dios no permita que considere la vida de un pueblo como apacible y monótona -replicó Raymond acaloradamente-. ¡Nunca más después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo cosmopolita parece tranquilo y pacífico comparado con St. Mary Mead.

-Bueno, querido -dijo miss Marple-, la naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro está, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca.

-Es usted realmente única, tía Jane –exclamó Joyce-. Espero que no le importará que la llame tía Jane -agregó-. No sé por qué lo hago.

-¿Seguro que no, querida? -replicó miss Marple.

Y la contempló con una mirada tan burlona por unos instantes, que las mejillas de la muchacha se arrebolaran. Raymond, carraspeó para aclararse la garganta de un modo algo embarazoso.

Miss Marple volvió a contemplarlos sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su labor de punto.

-Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que han ido surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contárselos, ya que son cosas de poca importancia y no les interesarían, como por ejemplo: "¿Quién cortó las mallas de la bolsa de Mrs. Jones?" y "¿Por qué Mrs. Simons sólo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?". Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo.

Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna, todo acabó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy mala, afortunadamente.

Miss Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

-Tengo que contar esta vuelta. El menguado es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego se menguan tres. Eso es. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel.

Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable, sólo que lo que podríamos decir un poco tonta. Le gusta armar un drama por cualquier cosa, siempre que se enfada, y dice muchas más cosas de las que piensa. Se casó con un tal Mr. Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse, ya que el tal Mr. Denman parecía un hombre de temperamento violento y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel. Y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan obstinadas como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él.

Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces y me invitaron a la suya en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me gusta mucho estar en casas ajenas y siempre me las arreglé para excusarme. Llevaban diez años casados cuando Mr. Denman falleció repentinamente. No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a hacerle compañía si me necesitaba, pero me contestó con una carta muy sensata y yo imaginé que no estaba demasiado abatida por la pena. Lo juzgué natural sabiendo que desde hacía algún tiempo hacían vidas separadas. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de lo más histérica de mi sobrina, en la que me pedía acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería capaz de soportarlo por mucho más tiempo.

Así que, por supuesto, recogí mis cosas, llevé la vajilla de plata al banco y acudí en seguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, doncella, así como una enfermera que cuidaba del anciano Mr. Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice "un poco mal de la cabeza". Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia.

Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojo de nervios y me resultó difícil que me contara el problema. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Ante mi sorpresa, me respondió que apenas los veía ya. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

-No es cosa mía, sino suya. Ahora no hay una sola persona aquí que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por High Street todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de leprosa. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen que hacerme abandonar una casa como ésta? Yo no he hecho nada.

Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana Mrs. Hay y, en mi tribulación, dejé escapar

unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después.

-Mi querida Mabel -le dije-, me sorprendes. ¿Cuál es la causa de todo esto?

Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdad. Sólo sabía hablar con vaguedad de las personas ociosas y maliciosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear y lanzar insidias a las mentes de los demás.

-Lo veo muy claro -le dije-. Evidentemente debe de circular algún rumor referente a ti. Tú debes saber muy bien cuál es esa historia, de modo que vas a contármela.

-¡Es algo tan malicioso! -gimió Mabel.

-Claro que es malicioso -repliqué-. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti?

Entonces salió todo.

Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había suscitado varios rumores. En resumen, la gente pensaba que ella había envenenado a su esposo.

Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que los rumores. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada hay que pueda uno rebatir o negar, y las habladurías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa: Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a arruinarle la vida haciéndole insoportable la estancia en aquella casa sólo porque, con toda probabilidad, había hecho alguna estupidez.

-No hay humo sin fuego -le dije-, Mabel. Ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a rumorear. Debió ser por algo.

Mabel se mostró muy incoherente, declarando que no había sido por nada, por nada en absoluto, como no fuese, naturalmente, por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente y por la noche se puso muy enfermo. Naturalmente habían enviado a buscar al médico, pero el pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de su llegada. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido setas venenosas.

-Bueno -le dije-, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin algunos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo?

Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana anterior, a la hora del desayuno.

-Supongo que la oirían los criados... -comenté.

-No estaban en la habitación.

-No, querida, pero probablemente estaban al otro lado de la puerta -le contesté.

Yo sabía muy bien lo histérica que podía llegar a ponerse Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman también era un hombre dado a elevar la voz cuando se enfadaba.

-¿Por qué os peleasteis? -quise saber.

-Oh, por las tonterías de siempre. Siempre ocurría lo mismo. Cualquier cosa nos enzarzaba en una discusión. Geoffrey se ponía imposible y decía cosas abominables, y yo le contestaba a todo lo que pensaba de él.

-Entonces, ¿discutíais a menudo? -pregunté.

-No era culpa mía.

-Mi querida niña -le dije-, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como éste, los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estabais siempre discutiendo. Una mañana tenéis una pelea mayor de lo normal y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

-No sé qué quieres decir -afirmó Mabel apesadumbrada.

-Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo sólo quiero ayudarte.

-Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte -declaró Mabel con desesperación.

-Ten un poco más de fe en la Providencia, querida -le dije-. Ahora sé perfectamente que hay algo más que tratas de ocultar.

Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar arsénico. Por supuesto firmó en el registro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

-¿Quién es tu médico? -le pregunté.

-El doctor Rawlinson.

Yo le conocía de vista. Mabel me lo había señalado el día anterior y era lo que vulgarmente se llama un viejo decrépito. Además, yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que le

ocurre a uno. Yo no confío ni en los médicos ni en las medicinas.

Después de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto, un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo. En cuanto yo mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, y me habló largo rato de las setas, las comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron "un poco extrañas", pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba en ello desde aquél día, más convencida estaba de que su aspecto no era normal.

-Y no es extraño -dije yo-. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que esa gente no recuerde si se esfuerza.

Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando llegó el doctor. No podía tragar y falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su testarudez.

Me fui directa a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

-Debiste hacerlo con algún propósito -le dije.

Mabel se echó a llorar.

-Quería suicidarme -gimió-. Me sentía tan desgraciada... y pensé que así terminaría todo.

-¿Tienes aún el arsénico? -le pregunté.

-No, lo tiré.

Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema.

-¿Qué fue lo que ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó?

-No -meneó la cabeza-. Hizo sonar el timbre con violencia. Debió llamar varias veces y al fin Dorothy, la doncella, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy lo vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verle comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia Brewster, que cuida del anciano Mr. Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que se debía hacer. Mandé a Dorothy a buscar al médico, y la cocinera y yo nos quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación para encerrarme en ella.

-Fuiste muy egoísta y cruel -le dije-, y no hay duda de que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente, ya puedes estar segura. La cocinera lo habrá repetido por todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto.

Luego hablé con el servicio. La cocinera quería contarme lo de las setas, pero la contuve: estaba harta de aquellas setas. En vez de eso, la interrogué detalladamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía agonizante, que apenas podía tragar, sólo hablaba con voz apagada y delirante, y que no dijo nada que tuviera sentido.

-¿Qué dijo cuando deliraba? -pregunté con curiosidad.

-Algo acerca de un pescado, ¿no? -dijo volviéndose a la otra.

Dorothy asintió.

-Un montón de pescado -dijo-, o alguna tontería por el estilo. En seguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza.

No era posible sacar nada en claro de aquello. Como último recurso, fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años.

-Es una lástima que no estuviera yo aquella noche -dijo-. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico.

-Supongo que deliraba -dije pensativa-, pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por alimentos en mal estado, ¿o sí?

-Eso depende -replicó Brewster.

Le pregunté por el estado de su paciente.

Meneó la cabeza.

-Está bastante mal -replicó.

-¿Débil?

-Oh, no. Físicamente está bastante bien, aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero su mente se está perdiendo muy deprisa. Les dije a Mr. y a Mrs. Denman que debían internarlo en un sanatorio, pero Mrs. Denman no quiere oír hablar de ello siquiera.

Debo decir que Mabel siempre ha tenido un corazón generoso.

Bien, así estaban las cosas. Consideré cuidadosamente todos los aspectos y finalmente decidí que sólo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para exhumar

el cadáver, practicarle la debida autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etc... pero yo me mantuve firme.

No me alargaré en esta parte de mi historia. Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame eso, mas el resultado no fue lo satisfactorio que debiera haber sido. No se encontró el menor rastro de arsénico, cosa favorable, pero las palabras exactas del informe forense fueron "que no había nada que demostrase la causa de la muerte".

De modo que aquello no solucionó nada. La gente continuó hablando de venenos raros que no dejan rastro y tonterías por el estilo. Yo visité al patólogo que efectuó la autopsia, al que hice varias preguntas, aunque se esforzó cuanto le fue posible para no responder a la mayoría de ellas. Pero logré sonsacarle que consideraba altamente improbable que las setas venenosas hubieran sido la causa del fallecimiento. Una idea tomaba forma en mi mente y le pregunté qué veneno, si es que existía alguno, podía haber sido empleado para lograr aquellos efectos. Me dio una extensísima explicación, que en su mayor parte, debo admitirlo, no entendí, pero que puede resumirse así: la muerte pudo ser producida por algún fuerte alcaloide vegetal.

La idea que tuve era ésta. Suponiendo que Geoffrey Denman llevara también en la sangre la tara de la locura, ¿no pudo haberse suicidado? Durante un período de su vida estudió medicina y debía tener un buen conocimiento de los venenos y sus efectos.

No me parecía muy probable, pero fue lo único que se me ocurrió y puedo asegurarles que estuve a punto de volverme loca. Ahora, aunque ustedes los jóvenes lo tomen a risa, les confesaré que, cuando me encuentro en un verdadero apuro, siempre rezo para mis adentros, en cualquier parte donde me encuentre, caminando por la calle o en el interior de una tienda, y siempre obtengo una respuesta a mi plegaria. Tal vez parezca una cosa sin importancia y sin relación aparente con este asunto, pero la tiene. Cuando era niña tenía este lema escrito sobre mi cama: "Pedid y recibiréis". La mañana a la que me refiero yo estaba paseando por High Street y rezaba intensamente. Cerré los ojos y, al abrirlos, ¿qué creen ustedes que fue lo primero que vi?

Cinco rostros se volvieron hacia miss Marple, demostrando diversos grados de interés. Sin embargo, podía afirmarse con seguridad que ninguno había adivinado la respuesta a la pregunta.

-Vi -dijo miss Marple con aire misterioso- el escaparate de la pescadería. Y sólo había una cosa en él: un ródalo fresco.

Miró a su alrededor con aire triunfante.

-¡Oh, cielos! -exclamó Raymond West-. La respuesta a tu plegaria fue... un ródalo fresco.

-Sí, Raymond -contestó miss Marple con aire severo-. Y no hace falta

que seas tan escéptico. La mano de Dios está en todas partes. Lo primero que vi fueron las manchas negras de ese pescado, las huellas del pulgar de san Pedro, según cuenta la leyenda, ya sabes. Y eso me hizo recordar cosas: que necesitaba fe, la verdadera fe de san Pedro, y relacioné las dos cosas, la fe y el pescado.

Sir Henry se sonó con bastante apresuramiento y Joyce se mordió el labio.

-¿Qué es lo que trajo esto a mi memoria? Pues que la doncella y la cocinera mencionaran que el pescado había sido una de las palabras pronunciadas por el difunto. Eso me convenció, con un convencimiento absoluto, de que la solución del misterio había de encontrarse en aquellas palabras. Volví a casa resuelta a llegar al fondo del asunto.

Hizo una pausa.

-¿Se les ha ocurrido pensar -continuó la anciana- cuántas veces nos dejamos llevar por lo que creo se ha dado en llamar el contexto de las cosas? Hay un lugar en Dartmoor llamado Tiempo Gris. Si uno habla con un granjero de allí y menciona las palabras Tiempo Gris, sin duda deducirá que se refiere a aquellas rocas, aunque es posible que usted le esté hablando del día que hace. Del mismo modo, si uno hace referencia a ese lugar ante un extraño que sólo oiga un fragmento de la conversación, puede pensar que le hablan del tiempo. De modo que, al repetir una conversación, por lo general no empleamos las palabras exactas, sino otras que para nosotros tienen el mismo significado.

Me entrevisté por separado con la cocinera y Dorothy. Pregunté a la primera si estaba segura de que su amo había hablado de un montón de pescado y respondió afirmativamente.

-¿Fueron entonces ésas sus palabras exactas -pregunté- o nombró alguna clase especial de pescado?

-Eso es -replicó la cocinera-, una clase especial que ahora no puedo recordar. Un montón de... ¿qué era lo que dijo? No es ninguno de los que se sirven en la mesa. ¿Diría sollo o perca? No, no empezaba con P.

Dorothy también recordaba que su amo había mencionado una clase determinada de pescado.

-Era un nombre poco corriente -dijo. -Una pila de... ¿qué es lo que dijo?

-¿Dijo montón o pila? -pregunté.

-Creo que dijo pila. Pero no estoy segura, es tan difícil recordar las palabras exactas, ¿no es cierto, señorita?, especialmente cuando no tienen sentido. Pero ahora que lo pienso, estoy casi segura de que dijo pila, algo que me sonó muy extraño, y luego pronunció el nombre de un pescado que empieza con C, pero no era el congrio ni cangrejo.

Lo que sigue a continuación me enorgullece –dijo miss Marple-, porque, desde luego, nada sé de drogas, que considero desagradables y peligrosas. Tengo una receta de mi abuela para hacer infusión de tanaceto que vale más que todas las medicinas. Pero yo sabía que en la casa había varios libros de medicina y que uno de ellos era un índice de drogas. ¿Comprenden? Mi idea fue que Geoffrey había tomado alguna dosis de veneno e intentó decirlo.

Bien, primero miré las que empezaban por R, sin encontrar nada que me pareciese probable. Luego seguí con la letra P y casi en seguida di con ella... ¿qué creen ustedes que era?

Miró a su alrededor saboreando su triunfo.

-Pilocarpina. ¿No adivinan cómo sonaría en labios de un hombre que apenas pudiera hablar? ¿Y cómo sonaría a oídos de una cocinera que nunca lo hubiera oído? ¿No debió de darle la impresión de que decía algo así como "pila de carpas"?

-¡Por Júpiter! -exclamó sir Henry.

-Nunca se me hubiera ocurrido -confesó el doctor Pender.

-Es muy interesante -dijo Mrs. Petherick-, Interesantísimo.

-Busqué apresuradamente la página que señalaba el índice y leí los efectos que la policarpina produce en los ojos y otras cosas que no hacen al caso, y al fin llegué a una frase muy significativa. Ha sido empleada con éxito como antídoto contra el envenenamiento producido por la atropina.

Entonces lo vi todo con claridad. Nunca consideré muy probable que Geoffrey Denman se hubiera suicidado. No, esta nueva solución no sólo era posible, sino que estaba segura de que era la verdadera ya que todas las piezas del rompecabezas encajaban.

-No voy a tratar de adivinarlo -dijo Raymond-. Continúa, tía Jane, y dinos lo que estaba tan claro para ti.

-Yo no sé nada de medicina, por supuesto -replicó miss Marple-, pero lo que sí sabía era que, cuando mi vista empezó a fallar, el médico me recetó unas gotas de sulfato de atropina. Fui directamente a la habitación del anciano Mr. Denman y no me anduve por las ramas.

-Mr. Denman -le dije-. Lo sé todo. ¿Por qué envenenó usted a su hijo?

Me miró durante un par de segundos, era un hombre bastante atractivo a su manera, y luego se echó a reír. Fue una de las risas más malvadas que he oído en mi vida y les aseguro que se me puso la piel de gallina. Sólo en una ocasión oí algo parecido, cuando la pobre Mrs. Jones se volvió loca.

-Sí -me contestó-, yo maté a Geoffrey. Yo era demasiado listo para él y él quería quitarme de en medio ¿no es cierto? Encerrarme en un asilo. Le oí hablar con Mabel. Mabel es una buena chica, se puso de mi parte, pero yo

sabía que no iba a poder impedirlo indefinidamente. Al fin se habría salido con la suya, como siempre. Pero yo acabé con él, con mi hijo amable y cariñoso. ¡Ja, ja! Bajé durante la noche. Fue muy sencillo. Brewster había salido y mi querido hijo estaba durmiendo. Tenía un vaso de agua en la mesilla de noche, siempre bebía cuando se despertaba a medianoche. Lo vacié, ¡ja, ja!, y luego vertí en él mi botella de gotas para los ojos. Cuando se despertase se lo bebería antes de saber qué era. Sólo me quedaba una cucharada, pero fue suficiente, fue suficiente. ¡Así fue cómo lo hice! A la mañana siguiente me dieron la noticia con mucha delicadeza. Temían que me afectara, ¡ja, ja, ja!

Bien, éste es el final de mi historia. Desde luego el pobre viejo fue internado en un sanatorio. En realidad no era responsable de lo que había hecho, se supo la verdad y todo el mundo se compadeció de Mabel y no sabían qué hacer para compensarla de sus injustas sospechas. Pero de no haber sido porque Geoffrey se dio cuenta de lo que había tomado e intentó pedir que le trajeran el antídoto sin demora, es posible que nunca se hubiera descubierto. Creo que la atropina produce ciertos síntomas muy evidentes, dilatación de las pupilas y demás, pero desde luego y como ya les he dicho, el doctor Rawlinson era muy corto de vista, pobre viejo. Y en el mismo libro de medicina, que continué leyendo porque era muy interesante, se daban los síntomas del envenenamiento producido por la ingestión de alimentos en mal estado y por la atropina, y no se diferencian gran cosa. Pero les aseguro que no he vuelto a ver un ródalo fresco sin acordarme de la huella del pulgar de san Pedro.

Hubo una larga pausa.

-Mi querida amiga -dijo Mr. Petherick-, es usted realmente maravillosa.

-Recomendaré a Scotland Yard que vengan a pedirle consejo -intervino sir Henry.

-Bueno, de todas formas hay una cosa que ignoras, tía Jane -dijo Raymond.

-Oh, sí que lo sé, querido -replicó miss Marple-. Ha ocurrido precisamente antes de cenar ¿no es cierto? Cuando llevaste a Joyce a contemplar la puesta de sol. Es un lugar muy adecuado, junto a los jazmines. Allí es donde el lechero le preguntó a Annie si quería casarse con él.

-Vaya, tía Jane -replicó el joven-, no estropees todo el romanticismo. Joyce y yo no somos como el lechero y Annie.

-En eso te equivocas, querido -dijo miss Marple-. En realidad todos somos iguales, aunque afortunadamente tal vez no nos demos cuenta.